

LA ARQUITECTURA COLONIAL CUBANA

Por el Arq. ABEL FERNANDEZ Y SIMON,
Ingeniero Civil y Arquitecto, en pasivo

EL PERIODO NEOCLASICO (Continuación)

LAS CASAS SEÑORIALES DEL PERIODO NEOCLASICO

Preámbulo.—Corresponde a esta parte el tratamiento, en detalle, de las casas señoriales que fueron levantadas en la ciudad de La Habana durante el siglo XIX.

Para el mejor desarrollo de esta interesante materia y para facilitar el estudio de la misma a los amables lectores dividiremos las residencias de los acaudalados propietarios de este brillante periodo en los grupos siguientes:

- a) Las casas señoriales de la Zona de **intramuros**.
- b) Las casas señoriales de la Zona de **extramuros** dentro del territorio limitado por la Calzada de la Infanta, desde el mar hasta Agua Dulce.
- c) Las quintas de recreo (15) de los **extramuros** dentro de los límites señalados en el epígrafe anterior.
- d) Las **casas de campo** o de vivienda de las principales estancias aledañas a la ciudad.
- e) Las quintas de recreo de los barrios semirurales de Jesús del Monte y de Puentes Grandes, así como del nuevo Reparto de El Carmelo y El Vedado.
- f) Las quintas de recreo del barrio de San Salvador de la Prensa, conocido por **El Cerro**.

Valiosas opiniones de arquitectos, profesores y hombres de letras.—Antes de pasar adelante en el análisis y crítica de las casas del periodo neoclásico hemos creído conveniente recoger y transcribir ahora algunas de las valiosas opiniones vertidas, en distintas ocasiones, por profesores, arquitectos y literatos de reconocida ilustración y talento, que se han interesado por esta materia, las que contienen bellos conceptos que vale la pena recordar. Son ellas, por orden cronológico, las siguientes:

El Dr. Ramón Meza y Suárez Inclán, en un magnífico trabajo que fue publicado en la revista "**Habana Literaria**", año I (1891), página 176, bajo el título de "**Las casas habaneras**" (16), decía:

Después de hacer, en ese interesantísimo estudio sobre la evolución de la vivienda habanera desde los remotos tiempos de los **bohíos** primitivos, pasando por las casas de muros de embarrados del siglo XVII con techos de tejas a dos aguas con "ventrudas ventanas de balaustres torneados", con sus grandes puertas claveteadas "de enorme aldabón en forma de corona mordida por un grifo, un león o un águila bicéfala" con sus suelos de hormigón tersos, brillantes... sin una irregularidad en su superficie, llega a la descripción de un periodo de transición en que "se amalgamó confusa y des-

ordenadamente lo tradicional e informe sin otras reglas de obediencia que las exigidas por la comodidad y el clima con algunos elementos de más refinado gusto..." surgiendo al fin un nuevo estilo más formalista propagado por las cátedras del Liceo y de la Academia de San Alejandro.

Las puertas de entrada, zaguán y ático de estas casas son descritas por el Dr. Meza en la forma siguiente:

"La puerta de entrada principal, rectangular, de dos hojas semejantes, de ébano, caoba ú otras maderas durísimas y preciosas, con cuarterones de relieve, ó lisa, pero siempre claveteadas de grandes botones de cobre esmerilado, dió paso a un zaguán amplio que conducía al atrio, rodeado de columnas de fuste cilíndrico y arcos de medio punto. Era un atrio espacioso, como los de las casas romanas; y al cual caían las galerías del piso superior formadas por otra serie de columnas superpuestas correspondientes una por una con las del piso inferior y con los vanos de sus arcos cubiertos de persianas y medios puntos de vidrios coloreados. Esta arquería del patio se reproducía exteriormente en el portal, en casas que caían a las plazuelas".

Por último, y en relación directa con el periodo que ahora se conoce con el nombre de neoclásico, nos dice el Dr. Meza lo siguiente:

"Cuando las construcciones lograron despojarse por completo de cuanto pudo influir en ellas la manera tradicional, apareció el edificio correcto, aereado, claro, sin perder la amplitud y comodidad interiores y ganando en buena distribución y arte. Construyéronse por esta época casas que ocupaban un cuarto de manzana. Aisladas hubieran presentado una masa regular, de estilo severo, en el que armonizaban la línea horizontal y la vertical. Los huecos de las puertas y ventanas casi cuadrados, se distribuyeron a distancia regular; y todo el adorno exterior del muro fue un marco austero, de uniforme relieve, que corría por las esquinas, bajo los frisos, por el zócalo, en redor de los huecos de puertas y ventanas y también de arriba á abajo por toda la fachada, señalando en ellas grandes secciones en cuadro. El patio con una fuente en el centro y su arquería esbelta pareció más amplio, lo mismo que el vestíbulo y zaguán, elevadísimos de puntal. La escalera abandonó su obra de macizos y se hizo tan aérea que, á menudo, convirtiase en obra atrevida é ingeniosa para guardar admirablemente el equilibrio. En ocasiones, ocupaba en los atrios el lugar de la desairada columna de fuste uniformemente cilíndrico y de los arcos de perfecto semicírculo, la columna dórica y el arquitrabe que con sus gotas y triglifos, con sus dentellones y metopas, con sus cornisas sobrias de líneas, imitaban el estilo griego tanto en sus regulares y armónicas proporciones, como en sus detalles.

Y aún hubo edificio que, en su conjunto, se atuvo

(15)—La palabra **quinta** es de origen latino y se refiere a la casa de recreo, en el campo, cuyos colonos solían pagar por renta la quinta parte de los frutos.

(16)—Esta revista puede ser examinada en la Biblioteca Nacional.

a las reglas del arte clásico. El pórtico griego ornó tras ellos extensos de principales calles.

El marco de las puertas interiores ornadas en sus jambas por una pilastra estriada, sosteniendo una cornisa de líneas puras y regulares, los suelos de mármoles de diverso color y los mosaicos trazando figuras geométricas, los vistosos frescos de las cenefas y aún las pinturas que ornaban los muros y cielo-rasos, señales son del refinamiento del gusto y del intento de seguir, en lo posible, las reglas clásicas".

El señor Pelayo Pérez, en un trabajo que fue publicado en la revista "El Arquitecto", junio de 1918, bajo el título de "La vivienda de nuestra clase rica", en la parte que parece referirse más bien a las casonas coloniales de los Extramuros, dice así:

"Hasta una época muy reciente, y sobre todo en la parte de la ciudad situada a extramuros, la vivienda de nuestra clase rica fue casi siempre de planta baja. En estas casas de planta baja vastos zaguanes dan paso desde la calle hasta la amplia saleta, comúnmente usada como recibidor y comedor. De la saleta se pasa al salón principal, provisto de una reja que mira al zaguán y de dos ó tres ventanas de grandes dimensiones, con sus correspondientes persianas que interponen entre el salón y la calle macizas rejas formadas por gruesos barrotes. A continuación de la saleta y formando una ó dos filas a lo largo del patio se extienden los cuartos destinados a dormitorios, cuartos amplios y no siempre suficientemente ventilados, y a continuación de éstos el baño, la cocina y el lugar excusado, siendo costumbre muy generalizada la de utilizar el zaguán como depósito para la volanta o el coche, costumbre que aún no ha desaparecido completamente en las casas situadas en lugares céntricos de la ciudad.

Como exponentes de la fastuosidad de los magnates de aquella época nos quedan las mansiones señoriales del Cerro. Vastísimas construcciones, casi todas de una sola planta, adornadas en su línea de fachada ó circundada en todo su contenido por pesados pórticos de estilo toscano" (17).

El arquitecto Pedro Martínez Inclán, profesor de la Universidad de La Habana, en un trabajo publicado en la revista "El Arquitecto", mayo de 1929, bajo el título de "La Arquitectura de La Habana antigua", al referirse a las casas señoriales construidas en la ciudad en el siglo XIX se expresa así:

Después de hacer un extenso recorrido histórico por la ciudad, en distintas épocas, termina diciendo:

"En fin, el Palacio de Aldama aparece con su bella y majestuosa fachada del Renacimiento ita-

(17)—Los muros y sus pilastras, cornisas, pretiles y jambas de las fachadas de las casonas señoriales que fueron construidas durante el siglo XIX, aunque eran de sillería, era costumbre darles protección contra la intemperie aplicándoles un fino y artístico revoque de mortero de cal y arena; los ricos propietarios de estos edificios se complacían en pintar dichas fachadas, periódicamente, dándoles a las mismas varias manos de pintura al óleo, de colores suaves, que le prestaban una atractiva apariencia.

En estos trabajos de resanado y pinturas de los muros y sus decoraciones solían invertirse crecidas cantidades de dinero.

liano con alguna influencia local, como algo discordante en el conjunto de grabados.

¿Cómo no mostrar, sin embargo, la arquitectura neoclásica de ese palacio y de sus congéneres, el Tribunal Supremo, el Obispado y las quintas del Cerro que muestran el gusto artístico de los habaneros del siglo XIX, elaborador de la independencia de Cuba.

Por toda la Habana, por el Cerro y por Marianao, se hallan dispersas esas casas y palacios de sabor italiano, de altos soportales y de noble apariencia, precursora de nuestra arquitectura contemporánea....

La arquitectura de La Habana antigua, de La Habana pintoresca, de La Habana de siglos pasados, no es andaluza ciertamente, pero es hija sin duda de Sevilla, de Córdoba, de Málaga y de Cádiz.

...en general hemos conservado y todavía estamos a tiempo para conservar algunos edificios típicos de diferentes épocas.

La calle de los Oficios, la de Mercaderes y la de San Ignacio están llenas de interesantes residencias antiguas, ora barrocas, ora neo-clásicas, con sus patios típicos, sus bellas rejas, sus montantes de dibujos pintorescos y brillantes vidrieras policromas.

La Habana que acabamos de recorrer es La Habana de la dominación española. Su bello manto de piedra está ornado de torres y de cúpulas que hablan de la labor de generaciones pasadas".

El arquitecto Luis Bay y Sevilla, al referirse a las famosas quintas de recreo del Cerro, interesante materia a la que dedicó numerosos ensayos en la revista "Arquitectura" de la que fue Director, trabajos que fueron publicados en la misma entre los años de 1943 a 1945, bajo el título de "Viejas costumbres cubanas", decía lo siguiente:

«Las casas quintas de la primitiva barriada del Cerro hacen recordar, por sus estilos arquitectónicos y por su noble vetustez, a las villas italianas de Palladio. Estas bellas construcciones residenciales son un exponente, elocuente y magnífico, del buen gusto de las nobles familias habaneras del siglo XIX. Se caracterizaban las casas por su amplio portal al frente, que era utilizado como lugar de agradable expansión de las familias que las habitaban. Por razones del clima debieran tener portal todas las construcciones residenciales cubanas. En algunas residencias de entonces se advierten delgadas columnas de hierro fundido soportando el techo del portal, prescindiéndose por completo de la piedra y de las proporciones clásicas, lo que según expresión del profesor Martínez Inclán, constituye un rasgo funcionalista de los tiempos pasados (18).

Las construcciones de este último tipo carecen, casi en lo absoluto, de ornamentación. Es una arquitectura simple, dotada tan sólo de vanos y masas, y provista de huecos de bastante altura, con

(18)—Todavía quedan en el Cerro (en la Calzada y en las calles de Tulipán y de Atocha) antiguas casas con pórticos cuyos entablamentos son soportados por columnas de hierro fundido. Una de las casas más notables es la que ocupa la esquina de la Calzada con la calle Peñón, la que posee un bello pórtico, elevado sobre un alto basamento, formado por ocho columnas corintias, estriadas, de hierro.

puertas de persianas a la española, que resultan indispensables para nuestro clima. Las lucetas son en algunos casos bellísimos medios puntos, con cristales de colores, en que predominan el azul, el amarillo y el rojo. ...

En algunas casas del Cerro de esa época, encontramos diversos tipos de copas sobre los pilares del ático, detalle ornamental del que hemos prescindido por completo los arquitectos de este siglo, y que resulta tan útil para romper la fría monotonía de las líneas horizontales".

Complétase la anterior descripción de las quintas del Cerro con unos bellos conceptos del observador viajero norteamericano Samuel Hazard, que fueron vertidos por el mismo poco tiempo antes de que estallara la guerra del 68, contenidos en su libro titulado "A pluma y lápiz", los que a continuación transcribimos:

"En el Cerro las casas tienen una apariencia algo modernizada, con las cocheras en su parte posterior y al frente portales, más elevados que el nivel de la calle. No es frecuente que las casas tengan pasillos, conduciendo directamente la entrada principal a largos y frescos vestíbulos que son, en realidad, habitaciones y como tal amuebladas, dotadas de pisos de losas de mármol y unidas con los cuartos por un pasaje abovedado. Estos vestíbulos se usan a menudo como comedores, refrescados siempre por la brisa que viene del patio o a través de la ancha sala, situada a la entrada de la residencia.

Toda la casa está desprovista de cortinajes y expuesta a la curiosidad de los transeúntes. Los techos son excepcionalmente altos, y las casas, sin excepción, tienen en su interior un patio, que aún en los días más calurosos proporciona alguna brisa.

Este patio rinde en las ciudades los mismos beneficios que nuestros jardines. Todas las habitaciones dan a ese patio, y en las casas que tienen un segundo piso, una galería dotada de persianas o de toldos de colores para la protección de los rayos solares, rodea al patio.

Esto asegura una libre circulación del aire, un lugar umbroso donde sentarse o pasear, y muy a menudo, cuando el patio está adornado con flores, fuentes y aún con naranjos, granadas o resedá, constituye un lugar encantador en el cual se puede soñar en las horas de ocio, o coquetear desesperadamente con las bonitas señoras".

El profesor Joaquín E. Weiss, en su libro titulado "La Arquitectura de las grandes culturas", que fue editado en esta ciudad en el año de 1957, dice, al referirse a las viviendas construidas en La Habana durante el siglo XIX, lo siguiente:

"En la arquitectura doméstica contempló La Habana la construcción de nuevas mansiones —algunas verdaderos palacios—, que se alzaron no sólo intramuros, sino en las áreas extramurales que comenzaban a ser urbanizadas. Las casas de La Habana Vieja mantuvieron la organización tradicional alrededor de un patio rodeado de galerías y las normas compositivas del exterior, registrándose los cambios sólo en las formas y elementos. Los paramentos, que a primera vista acusan una construcción más aliñada, se tratan con pilastras lisas o clásicas;

2

cas; las modernaturas de las portadas son rectilíneas o cuando más formando orejetas en los ángulos; sobre la cornisa del piso bajo, convenientemente volada, corre el balcón, ahora descubierto y provisto de barandas de hierro fundido o forjado, mientras que las puertas y ventanas se protegen con guardapolvos o cornisas; sobre el entablamento superior, en el que a veces se introducen ménsulas o modillines, se levanta el pretil, compuesto de pilares y balaustradas. En el interior losas de barro asentadas sobre las vigas de madera forman los techos llamados de "losa-por-tabla"; no obstante, la tendencia es a ocultar el techo con cielos-rasos de madera o yeso, a veces muy elaborados. Por último, todas las rejas y barandas exteriores e interiores son de hierro, quedando así considerablemente restringido el uso de la madera".

Fernando Alvarez Tavio, alumno de la Universidad Católica "Santo Tomás de Villanueva", en un trabajo publicado en la revista "Arquitectura", al que ya hemos hecho referencia, titulado "Arquitectura colonial cubana del siglo XIX", dice lo siguiente:

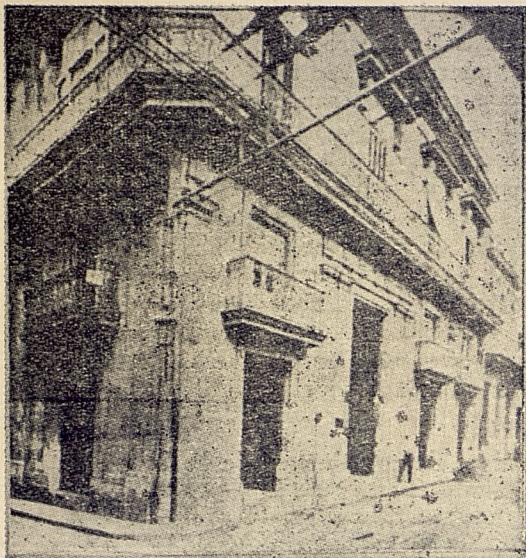
"Con el arribo de la opulencia, de origen tabacalero y azucarero, y su natural reflejo en las edificaciones particulares, las familias fueron dejando sus antiguas residencias del centro de La Habana Vieja, y se trasladaron en gran número al Cerro, barriada aristocrática que alcanzó su máximo esplendor en la segunda mitad del siglo XIX. Allí se alzaban, entre otras, las quintas de Larrinaga, Villanueva, Benitez, Echarte, Santovenia, de influencia francesa, y Fernandina, de influencia italiana. Estas quintas constituyeron una derivación de la casona criolla, de pisos de mármol y altos puntales, y por el carácter de su emplazamiento estaban rodeadas de amplios jardines, decorados con fuentes y estatuas, con sus plantas y flores en canteros y tiestos. Tenían al frente un gran portal, que daba la vuelta a la casa por los costados, soportado por una columnata. Se entraba a una sala espaciosa, a la que seguía una saleta que daba directamente al gran patio central. Las habitaciones se sucedían a ambos lados de este patio, comunicadas entre sí, abriendo por un lado a la galería que rodeaba al patio central, y por el otro al portal exterior. El comedor estaba al fondo y a continuación la cocina y cuartos de servidumbre, que abrían a su vez a un patio más pequeño de servicios. Al fondo también se encontraba el único baño de la residencia y para llegar a él era necesario atravesar los cuartos o salir a la galería".

Por último, por el ilustrado escritor que encubre su nombre bajo el pseudónimo de "Un forastero curioso", se decía lo siguiente acerca de las casas de La Habana Vieja:

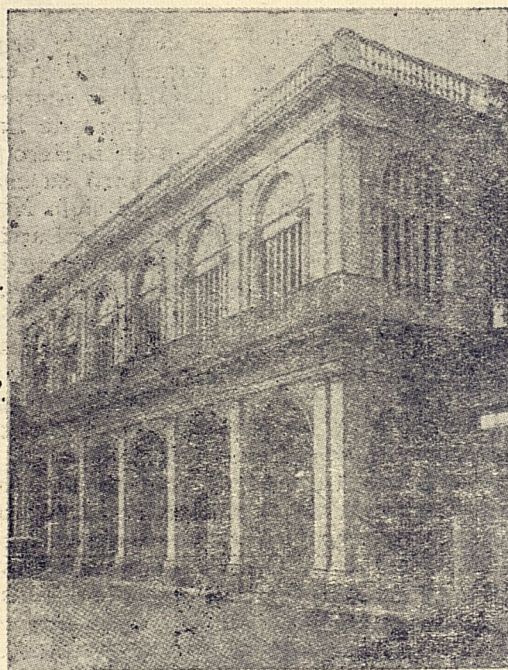
"Entrad, pues, en cualquiera de esas casas de dos pisos y entresuelos. En la planta principal, salones de mármol o de hormigón pulido, grandes ventanas, puertas de caoba talladas primorosamente, persianas que tamizan la luz cruda del trópico y medios puntos de cristales de colores, agradables a la vista; mucha amplitud en un ambiente acogedor por la frescura y tonalidades suaves de la iluminación.

Es otro el panorama de los entresuelos aún en las

Fachadas neoclásicas de INTRAMUROS.



Casa del
Marqués de
la Real Pro-
clamación.
Cuba y Luz.



Casa del
Marqués de
Almeyda.
Compostela
y Luz.

Foto: O. de la Torre.

Grabados de la Revista "ARQUITECTURA".

casas de esquina, techos de poco puntal y huecos pequeños hacen oscuros y húmedos los aposentos de esta planta, destinados a escritorios, a guardar papeles y trastos y a vivienda de la servidumbre. El entresuelo quedaba aislado del principal por una puerta sólida, como puede observarse en la casa del Obispado, de Fernandina, de Arcos y otras; medida de seguridad imprescindible, porque la vida de la ciudad, hasta la llegada de Tacón, quedaba a merced de pandillas de pícaros...".

LAS CASAS SEÑORIALES DE INTRAMUROS

Antecedentes.—Transcurridos ya los períodos formativo y barroco, nuestra arquitectura experimentó,

a través de dos largos siglos, un notable perfeccionamiento que se manifestó en las construcciones del período neoclásico.

Muy favorables factores y circunstancias se unieron entonces para la obtención de los logros, en el referido campo, de los que tanto se enorgullece nuestra ciudad, factores que pueden resumirse del modo siguiente:

La concurrencia de acaudalados propietarios dispuestos a invertir cuantiosos capitales en la construcción de fastuosas viviendas para sus familias en la ciudad, personajes poseedores, a la vez, de una vasta cultura y refinamiento artístico que habían adquirido en sus frecuentes viajes y largas estadas en las principales cortes europeas.

El poderse disponer de los servicios profesionales de notables arquitectos graduados en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, de Madrid, los que en aquel siglo ejercieron en la ciudad de La Habana, dejando, por sus bellas obras, profunda huella artística en edificios y monumentos.

El poderse contar con la colaboración de notables pintores y escultores, así como de hábiles artesanos del ramo de la construcción (albañiles, carpinteros, canteros, yesistas, herreros, etc.), representativos de una mejor técnica en el ejercicio de estas artes.

La introducción en las industrias de la **máquina de vapor**, aplicada tanto al transporte de los materiales por embarcaciones o por ferrocarril como a las industrias de la construcción.

Contábase entonces con excelentes talleres de fundición y forja del hierro y aserriós para la elaboración de las maderas.

La apertura de nuevas canteras de piedra dura de fina textura, cuyo material permitía un perfecto acabado y artística talla, produjo gran perfeccionamiento en las fachadas de los edificios.

Coincidieron estos pasos de avance con la promulgación de nuevas y mejores **Ordenanzas de Construcción**, en las que el siglo XIX fue tan pródigo, mediante las cuales se trazaron nuevas anchas avenidas y paseos, lográndose así mejor perspectivas para los edificios y monumentos.

En lo que a Extramuros toca pudo disponerse para la construcción de palacetes y quintas de recreo de muy espaciosos terrenos en los que fue posible hacer, como así se hizo en gran escala, lo que luego se llamó **arquitectura paisajista**.

Los tipos de transición.—Como es lógico, el tránsito de un período arquitectónico al siguiente no se hace de un modo súbito sino que, por el contrario, es una transformación gradual.

En efecto, agotado el gusto y la afición por un determinado estilo, al aparecer las nuevas formas se van abandonando lentamente los viejos moldes para dar paso a noveles creaciones que van siendo aceptadas por los más de los constructores.

Es entonces cuando surgen los **tipos de transición**. Si comparamos detenidamente la casa del **Conde de Lagunillas** (Acosta y Damas), que para nosotros representa la vivienda típica familiar de fines del siglo XVIII (de esquina con entresuelos), con la casa del **antiguo Obispado** (Habana y Chacón), prototipo de las mansiones de la época neoclásica

3

y una de las pocas de su importancia que se ha conservado en su forma original, llegamos por esta comparación a la determinación de la forma en que efectuó la transformación de un estilo al otro.

Y si, por otra parte, examinamos las viejas casas coloniales que fueron construidas a principios del siglo XIX, tales como (por sólo citar dos) la situada en Aguiar y Cuarteles, esquina S.E. (más cercana al barroco), y la situada en Cuba y Tejadillo, esquina N.E. (más cercana al neoclásico), veremos que al contener las mismas elementos constructivos y decorativos de ambos estilos, representan el tipo transicional.

También existen casos en que, en edificios netamente neoclásicos, quedan residuos del arte barroco, como sucede con el **Palacio del Marqués de Almendares** (Compostela y Luz), el que, en su portada, en el arco que existe entre el zaguán y la galería y en las "placas colgantes recortadas" de las enjutas de los arcos del patio se mantienen típicas formas barrocas.

En estos tipos de transición desaparecen los alfarjes para dar paso a los techos planos de **tirantería** de madera dura oculta, a veces, por cielo-rasos de yeso; se sustituyen las losas de pizarra que antes formaban los pasos de las escaleras por losas molduradas de mármol blanco italiano; se eliminan las barandas y celosías de madera para dar paso a las modernas barandas y rejas de hierro forjado o fundido.

En estas casas, que por las dimensiones limitadas de sus terrenos, no permitían patios enclaustrados, a pesar de su excelente construcción y de su probada solidez, no llegó a ser alcanzado el refinamiento de los palacios de la época neoclásica.

Llaman la atención, sin embargo, por sus monumentales portadas, por el trazado de sus escaleras y por sus balcones de piedra, tanto en las fachadas como en el patio, con sus primorosas barandas de hierro.

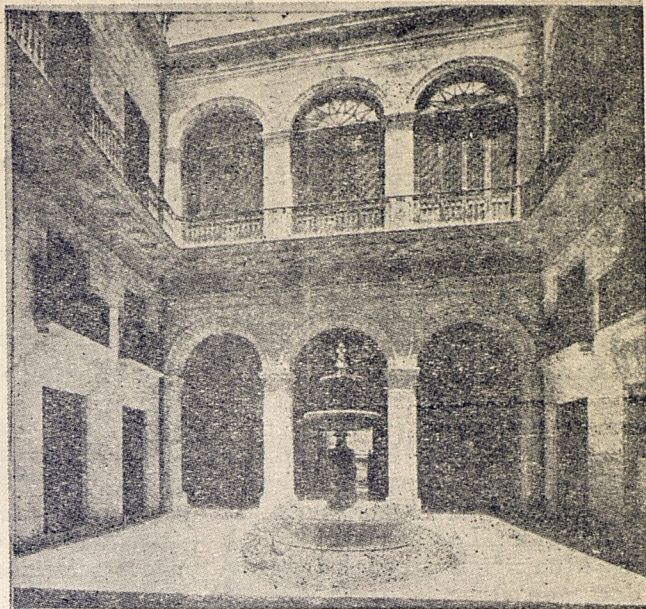
La distribución, en planta, de los locales.—Las habitaciones de la típica mansión neoclásica, mezcla de convento y fortaleza, estaban dispuestas, según se ha explicado, alrededor de un clásico patio central, de forma rectangular o cuadrada; enclaustrado y rodeado por amplias galerías desde las cuales recibían luz y ventilación del exterior, dichas habitaciones.

Para dar cabida a tal patio, al zaguán, a la gran escalera, a las galerías y a las habitaciones, era indispensable disponer de un terreno de unos 35 mts. de frente por la calle principal, por unos 40 mts. de fondo, ya que también era necesario dejar un pequeño traspatio al fondo del edificio para los carruajes y caballerizas.

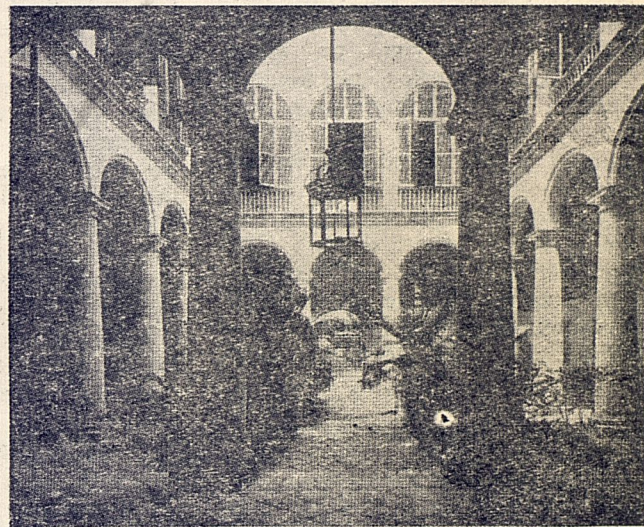
Traspasada la gran portada se entraba en un amplísimo zaguán, de gran puntal (piso bajo y entresuelo), en cuyo techo se admiraba bien las gruesas vigas de madera dura, artesonados de igual material o artísticos cielo-rasos. Anexo al zaguán estaba la habitación del portero.

Del zaguán, a través de un ancho arco de medio punto (el arco mixtilíneo había caído en desuso), con sus archivoltas que descansaba sobre molduradas impostas), se pasaba a la galería que alojaba la gran escalera de mármol, con pasamanos y pi-

Patios de las mansiones habaneras.



Patio principal del Palacio de Aldama.
Grabado de la Rev. Nac. Propiedad Urbana.



Patio típico de una mansión habanera.
Grabado de la Revista "ARQUITECTURA".

larote de igual material y baranda de hierro. Esta escalera estaba dotada de un gran descanso por donde se entraba a los locales del entresuelo; una fuerte cancela de hierro guardaba el tramo más alto de la escalera por el que se tenía acceso al piso alto que servía de vivienda a la familia del dueño de la casa.

El patio, formado por arcadas de piedra que se apoyaban en gruesas columnas de igual material, con base y capitel, solía tener en su centro una fuente de mármol o un brocal, de planta poligonal, de un supuesto pozo, con su roldana.

Abel FERNANDEZ SIMON